

Entrevista con Carmen Riera*

Reina Roffé

–En la «Nota» final de su novela Por el cielo y más allá usted dice que, con la escritura de este libro, intenta pagar una deuda con su abuela y con la isla de Cuba, «a la que tantos mallorquines emigraron hasta bien entrando el siglo XX». Evidentemente, su abuela fue un personaje importante para usted, además a ella está dedicada la novela. ¿De qué deuda se trata?

–Lo de mi abuela es porque ella relataba muy bien historias. Yo digo siempre que soy escritora porque quiero continuar los cuentos que contaba mi abuela que, en realidad, no eran cuentos, sino retazos de vida suya, de la familia, de sus parientes. Por eso, ella solía hablar mucho de Cuba, por cuestiones familiares. Entonces, yo quería rendirle homenaje en este libro.

–¿Tenía familia en Cuba?

–Digamos que sí. Era descendiente del general Weyler, el que mandó el gobierno español en el año 1896 para atajar la insurrección cubana, la que luego dio lugar a la guerra con Estados Unidos. Por eso había oído hablar mucho de Cuba, no tanto de la Cuba anterior, que es la que yo trato en esta novela, sino de la Cuba del '98.

–También en la «Nota» final, usted dice: «no hace tanto que fuimos emigrantes y negreros». Toda la novela está en función de recordar el pasado, un episodio de la historia. ¿Usted cree que los españoles de hoy en día están impulsados a la desmemoria?

–Sí, sin duda. Pero no sólo los españoles, sino también muchísimos otros pueblos europeos y también americanos. Si pensamos en la historia de Estados Unidos, vaya pueblo desmemoriado, ¿no? Lo que pasó con las tribus de indios americanos realmente pone los pelos de punta, nadie se

* Entrevista celebrada en Madrid con motivo de la visita de la autora a esta ciudad para presentar la versión al castellano de su novela Por el cielo y más allá.

acuerda de esta masacre, por ejemplo. Quizá, para sobrevivir, se necesita borrar ciertos recuerdos. A veces ocurre eso. Hay gente que necesita borrar el pasado. Pero yo creo que sin mirar el pasado encaramos mal el futuro. Es muy importante en este momento de España, en el que hay tantos problemas con la inmigración, en el que existe tanta necesidad de brazos ajenos para poder sacar a flote la economía, mirar hacia atrás y pensar que durante muchas épocas nosotros fuimos emigrantes. Emigramos a América y también a Alemania, de donde venían muchas divisas.

—¿*La novela histórica es un buen medio para luchar contra el olvido?*

—Para mí, sí. Cada uno, supongo, hace como puede, pero para mí es una manera de recuperar el pasado y hacerlo presente.

—Por el cielo y más allá narra *las aventuras y desventuras de María Fortaleza, una joven mallorquina en la Cuba española de mediados del siglo XIX. Historia de los «chuetas» (judíos conversos) mallorquines que enlaza con su novela anterior, En el último azul, por el tema y también porque la protagonista es descendiente de Isabel Tarongí, quemada en la hoguera por la Inquisición en la isla de Mallorca en 1691. ¿Cree, realmente, que con estas dos obras cierra el ciclo dedicado a los judíos conversos mallorquines?*

—Por mi parte, quisiera dejarlo aquí. Pues pienso que ya saldé la deuda que tenía con ellos: hablar de una minoría cercana y restaurar un poco su memoria. Ahora, por ejemplo, estoy escribiendo sobre algo muy distinto.

—¿*Y por qué eligió precisamente a los «chuetas» para restaurar su memoria?*

—Los llamados chuetas todavía existen en Mallorca. Actualmente, conforman una minoría ya más integrada. Pero hasta hace muy poco fueron ignorados y rechazados, y lo fueron durante muchísimos siglos. Y pensé cómo era posible que una minoría de antiguos judíos, que llegaron, incluso, mucho antes que los cristianos a Mallorca, tuvieran una situación de opresión en una isla pequeña como es Mallorca. A mí, que me interesan las minorías y los marginados, este tema —por otra parte, riquísimo— me dio pie para escribir. Además, es un tema que ha sido poco tratado. Alguna novela hay, por ejemplo, *Los muertos mandan*, de Blasco Ibáñez, que trata de la cuestión, pero no del modo en que yo la he tratado, sino de una manera más superficial y alejada.

–¿Qué procedencia tiene su apellido?

–Es catalán. Riera, río pequeño. Quizá como tantos otros apellidos que hablan de referentes topográficos y demás, tiene, seguramente, antecedentes judaicos. A mí no me importaría nada, al contrario, yo me sentiría orgullosa de ser judía.

–¿Ha tratado de averiguar este posible origen?

–Sí, pero no he podido encontrar nada. Posiblemente lo sea, pero es que en Mallorca solamente quedan marcados aquellos apellidos cuyos antecedentes o cuyas personas originarias fueron a la hoguera.

–En *Por el cielo* y más allá usted explora deliberadamente las posibilidades del folletín. Sin embargo, se trata de un género considerado menor. ¿Por qué el folletín?

–En primer lugar yo no empleo el género sino la técnica del folletín, que es algo distinto. Galdós, nuestro novelista más importante del siglo XIX, se nutrió de la técnica del folletín que, además, emplearon todo lo que pudieron los grandes novelistas del XIX para tener atrapado al lector, para que la novela vaya en un *crescendo* y no la pueda dejar. Y eso era lo que a mí me interesaba; es decir, utilizar esta técnica así como en el libro anterior, *En el último azul*, utilicé la técnica de la novela bizantina, que era también la novela típica y tópica de los siglos XVI y XVII en España. Pues en el XIX, la novela romántica se nutría de la técnica del folletín y por eso la he utilizado.

–En esta última novela publicada, usted trabaja con patrones bien definidos: Miguel y Gabriel, hijos del señor Fortaleza, son los típicos penden-cieros y mujeriegos; María es una suerte de víctima inocente de todo tipo de maquinaciones; Ángela Fortaleza representa la doctrina esclavista oficial; Custodio Fortaleza y el general Rodríguez de la Coca se rigen por sus propios intereses. ¿Estos estereotipos responden a la dinámica propia del folletín o son para reforzar ciertas características de los personajes?

–Un poco las dos cosas, porque hay ciertos tópicos que recoge la novela romántica; por ejemplo, que sea la historia de una persona que, a la vez, es poeta o poetisa (como se decía entonces), los hijos de familia que son penden-cieros, jugadores y tarambanas, es decir, toda una serie de tipologías

que da la novela del XIX. Incluso la confección de una fiesta, pues siempre una fiesta es un lugar estupendo para que se encuentren y reencuentren personajes. Es decir, hay una serie de estereotipos de la novela romántica que yo intencionadamente quise aprovechar.

–En Por el cielo y más allá es la hermana del novio, Ángela, quien suplanta a éste e intenta enamorar a Isabel con sus cartas. En vez de Isabel, es María, su hermana, quien responde. Ambas mujeres, Ángela y María, sustituyen a la pareja en la seducción. Dos mujeres que, a través de la palabra escrita, se proyectan y pueden dar rienda suelta a su imaginación, a sus pasiones ocultas gracias al elemento epistolar en juego.

–Efectivamente, sobre todo en el siglo XIX, las mujeres estaban faltas de acción, no se las dejaba intervenir en la acción, pero sí podían, a través de la palabra, tejer un mundo personal, y eso les ocurre a estas dos mujeres: se van configurando a través de la palabra escrita. Ángela, en especial, se da cuenta de que existe una serie de sensaciones y sentimientos mientras los está poniendo por carta. Se está, incluso, fabulando un mundo privado mediante esas cartas que, en realidad, dirige a alguien que no es, digamos, su corresponsal directo, sino que lo hace en nombre de su hermano.

–¿La idea de suplantación estaba presente en usted cuando empezó la novela?

–Yo escribí otra, que se titula *Por persona interpuesta*, que pasa también en Latinoamérica, en la Argentina, aunque no se habla del país en concreto, en la que hay un escritor que se hace pasar por otro. A mí el tema de la suplantación desde siempre me ha interesado mucho. El problema de la identidad, de saber quiénes somos, cuántas personas llevamos dentro, cómo nos podemos desarrollar en un momento dado de una manera diferente a como pensábamos. Es decir, todo ese tema tan ambiguo de la personalidad, de la creación, del propio yo y del personaje, me preocupa mucho y, quizá por eso, en este libro también surge.

–Hay un marcado tratamiento de la ambigüedad en casi toda su obra.

–Sí, en varios de mis libros. Yo pienso que el arte es ambiguo, que lo que está definido interesa menos, que los contornos de lo ambiguo son verdaderamente interesantes y artísticos y, por tanto, supongo que de ahí parte ese hecho del sí, pero no; de la ambigüedad, que tantas veces aparece en mis textos.

–Por otra parte, el final de Por el cielo y más allá también es ambiguo, tiene un doble final. A propósito, ¿la posible, sugerida fuga de María de Fortaleza en el aerostático es para salvarla o para introducir un elemento mágico a lo García Márquez?

–Sí, en García Márquez hay un personaje que se va hacia el aire con una sábana. Contaba él que, hasta que no encontró ese elemento, levitar le parecía demasiado milagroso. Pero quiero decirle que yo leí muchas crónicas de la época y el aerostático, concretamente en el que se pierde mi personaje, fue por aquellos días muy importante en La Habana. Es decir, a ese globo le pasó lo que yo cuento, empezó a subir y se perdió por los aires, está documentado. Lo que pasa es que no llevaba a mi protagonista a bordo. Entonces, yo utilicé ese referente. Para lo que ocurre luego, es imprescindible el epílogo. Yo creo realmente que mi protagonista, María, muere en el patíbulo. Pero no quise que la novela terminara tan mal; entonces, pensé que era mejor darle esta posible salida, que el lector escogiera, tuviera la última palabra.

–Usted ha dicho que se considera una persona poco ambiciosa, pero de una gran ambición como escritora, porque le gustaría ser capaz de rescribir El Quijote y El bosque de la noche, de Djuna Barnes. Dos libros que son como el día y la noche. ¿Cómo se puede entender esto?

–Es cierto, son totalmente diferentes. Pero se entiende, precisamente, en el sentido de la ambición infinita, obras que a mí me interesan mucho y que, por tanto, lo que me gustaría es escribir algo que las superara, claro, aunque son opuestas. Y por eso la ambición literaria es enorme, porque quisiera unir dos libros que nada tienen que ver.

–Me llamó la atención que mencionara dos polos y eligiera una obra, digamos, minoritaria, de culto, como es El bosque de la noche de Barnes. ¿Le interesan particularmente las escritoras norteamericanas?

–Algunas, aunque no soy una experta en autoras norteamericanas; he leído a algunas que me han gustado mucho. Elegí *El bosque de la noche* porque es una novela de atmósfera, absolutamente ambigua y que, sobre todo, sugiere. Además, es la novela de una mujer que siempre está como bordeando un límite. Eso de bordear los límites, estar en una frontera me seduce, quizá porque soy mujer y escribo en una lengua que no es la mayoritaria de las lenguas españolas; soy de Mallorca, una isla, es decir, soy un personaje realmente periférico como escritora.

–Hay un tema que es casi una constante en su obra: la dificultad que existe para el buen entendimiento en las relaciones personales. Por sus libros circulan amantes despechadas, hijas con serios conflictos, hombres con problemas de poder. La incomprensión, la falta de diálogo, que afectan tanto a nivel individual como social, impregnan la atmósfera de sus ficciones. ¿Vivimos en el desencuentro y en el fracaso?

–Yo creo que sí. Lo que está sucediendo en estos momentos en el País Vasco no es más que la demostración de un enorme fracaso, no sólo de los vascos sino del buen entendimiento que tenía que haber llegado a partir de la transición española. La imposibilidad de la palabra, que la palabra no sirva para entenderse es algo tremendo. Si las armas suenan en el mundo, se debe al fracaso de la palabra y de los individuos. Cuando leo ciertas noticias terroríficas en los periódicos sobre mujeres maltratadas, pienso lo mismo: de qué manera impera la ley del más fuerte. Eso es, realmente, horroroso. Aun sin ponernos en situaciones tan dramáticas, yo creo que las gentes nos entendemos mal y que, muchas veces, más que encuentros se dan desencuentros. Nunca estamos en la misma tesitura. Hay unos versos de Antonio Machado que a mí me gustan mucho, dicen: «... a tu prójimo / amarás como a ti mismo, / mas nunca olvides que es otro». En otras palabras, ni siquiera en ese momento en el que pensamos que hay que amar al prójimo como a nosotros mismos, se puede olvidar que debemos respetar sus condiciones o sus condicionantes, pero eso es difícil.

–Usted ha trabajado el tema de la otredad a través de la mujer, incluso tiene un trabajo, «Literatura femenina. ¿Un lenguaje prestado?», por el que recibió 1982 el Premio María Espinosa.

–Bueno, sí, pero es un artículo muy viejo que ya tiene poco interés.

–¿Se puede seguir hablando hoy en día de literatura femenina o habría que decir literatura escrita por mujeres? ¿Y por qué este tipo de temas produce en España rechazo entre ciertas autoras muy conocidas, incluso entre aquellas que tienen una actitud feminista y solidaria con otros colectivos de mujeres?

–Estoy, un poco, en la línea de mis compañeras, porque cuando me preguntan si soy una escritora feminista les digo que no, que yo soy una persona feminista, que me parece más importante. Creo que ya pasó el tiempo de las novelas de tesis, aun las de tesis feminista. Yo contribuí a eso,

porque escribí una novela hace mucho tiempo, titulada *Una primavera para Domenico Guarini* que, en realidad, se podría considerar un tipo de novela de tesis feminista. Creo que lo importante en literatura es escribir en cada momento lo que consideres más oportuno y, por lo tanto, no estar ligado a ningún punto de partida. ¿Existe una literatura de mujeres?, pues depende de lo que entendamos por ello. ¿Dirigidas a las mujeres?, quizá, sí: Corín Tellado parece que tiene más lectoras que lectores. Lo que pasa es que resulta molesto cuando te catalogan, porque parece que tienes que desarrollar una serie de temas de orden sentimental, hacer novela rosa, novela romántica y, por eso, muchas nos rebelamos contra estos tópicos.

–Supongo que ciertos paisajes influyen no sólo para escribir, sino también en la manera de ser, de vivir, de pensar. No es lo mismo haber nacido en la pampa, en la llanura inconmensurable, que en la montaña o en una isla. ¿Ha influido el paisaje de la costa mallorquina en usted?

–Sí, claro. Por ejemplo, mi último libro, *Por el cielo y más allá*, está escrito de manera trashumante. Además, la experiencia de alguien que se marcha de su tierra a otra lejana, la viví en mi propia persona, porque escribí la mitad de la novela en Estados Unidos, en Florida, más precisamente en Gainesville, porque fui allí, a la universidad, a dar clases. Es decir, la novela fue escrita casi de forma itinerante. La empecé en Deià (Mallorca), la continué en Florida y la acabé entre Barcelona y Sitges. Yo estaba en el interior de Florida, pero su paisaje, el azul del cielo, me provocaba una enorme necesidad de ir al mar y me iba hasta el mar. Creo que no podría vivir ni escribir lejos del mar. Quizás esto se ve en mis libros, en ellos hay siempre un mar constante.

–Usted publicó varios libros de cuentos. No es habitual que en España se frecuente este género tanto como en el Río de la Plata o en Estados Unidos.

–Exactamente. Eso es cierto, quizá nosotros no tenemos todavía un Cortázar o cuentistas como puede haber en la literatura norteamericana. Pero, por ejemplo, José María Merino, se me ocurre ahora, es un autor que tiene unos cuentos estupendos y, en realidad, se lo conoce más como novelista. Es que, actualmente, no se cultiva la tradición del género como en el XIX con *Clarín*, que escribía, incluso, para poder incidir en la gente, modificar la realidad a través de los cuentos. Había un componente moral en su manera de escribir relatos.

–*Usted una vez comentó que había empezado a escribir cuentos gracias a la lectura de una revista argentina, Para ti, publicación dirigida al sector femenino que, por cierto, marcó a varias generaciones de mujeres argentinas.*

–Me acuerdo. Sí, una tía mía, que todavía vive en Mallorca, estaba suscrita a *Para ti* y allí leí muchos cuentos que publicaban autores argentinos. Esa revista ejerció su influencia en mí. Recuerdo que eran relatos cortos, trataban aspectos de la vida. Los caminos son muy curiosos.

–*En 1966 se traslada de Mallorca a Barcelona para estudiar Filosofía y Letras. ¿Cómo fue esa época para usted?*

–Sospecho que estaba mediatizada, porque ser joven es extraordinario y te parece que vas a cambiar el mundo, luego resulta que el mundo te cambia a ti. Era un momento esplendoroso en Barcelona, estaba cerca el final del franquismo, la actividad política era muy intensa, y esperábamos que todo cambiaría. Luego, vino el mayo del '68, cuando los jóvenes tuvimos un enorme protagonismo; pensábamos que Marx aparecería por debajo de las baldosas y que la imaginación llegaría hasta el poder. Todo eso que viví de una manera muy intensa, supongo que repercutió en mi vida futura; incluso ahora tiene su peso.

–*En su primer libro, Te dejo, amor, en prenda el mar y en el siguiente, Pongo las gaviotas por testigo hay relaciones lésbicas así como en Una primavera para Domenico Guarini plantea la homosexualidad masculina. ¿Era una manera de hablar sobre la diferencia?*

–Creo que sí, porque me doy cuenta de que en mis novelas siempre aparecen marginados, y hasta hace muy poco a la gente que no era heterosexual se la marginaba. No hay ninguna causa concreta, realmente. Sólo que soy una persona muy curiosa: si veo una ventana abierta necesito mirar hacia adentro, necesito ver lo que hay. Y, por eso, también traté de esos aspectos que eran los prohibidos, que ejercían el atractivo de lo prohibido, aunque la homosexualidad ya no tiene estas connotaciones. Pero sí en el tiempo en que yo era jovencita.

–*En muchos de sus libros de ficción aparece la carta como elemento imprescindible para el tejido de la trama. Se advierte una suerte de predilección por el género epistolar, que está ligado al tono menor, a la confianza, a la complicidad. ¿A qué se debe esta predilección?*

–Tiendo a escribir cartas como elementos de mis relatos, porque las monjas que me educaron me hacían escribir cartas cada día. Además, la carta, como usted decía, conlleva confidencia, es un diálogo aplazado, la voz del que narra es una primera persona y se aproxima al lector, es como si le contara algo al oído. Creo que la carta resulta idónea, porque nos proporciona una buena manera para escribir relatos breves. Es muy difícil en un relato en tercera persona mantener el tono de intimidad que da la carta. Cuando alguien trabaja en tercera persona, de manera eficiente, con muchos personajes y tiene un mundo que crear, se mide, realmente, como escritor.

–Usted fue educada por las monjas del Sagrado Corazón. El tema de la religión y de la política religiosa también está presente en algunas de sus obras. ¿Ciertas creencias nos pueden inducir a caer en el fanatismo?

–Sí, yo me eduqué en colegio religioso, el Sagrado Corazón; curiosamente, la protagonista de *Las relaciones peligrosas* también procede de allí. En el colegio nos hacían escribir cartas, practicar redacciones, y eso se lo agradezco mucho a las monjas porque, seguramente, sin tantas redacciones no me hubiese inclinado a escribir. Yo tuve una formación cristiana importante, de la que no me arrepiento para nada, porque me hizo ser solidaria con la gente. Ahora soy agnóstica, excepto cuando viajo en avión y tengo un mal vuelo, entonces creo que me aferro de nuevo a mis convicciones católicas, pero es miedo lo que realmente me asalta. En el fondo, muchos de los referentes de mi formación infantil están ahí y subyacen. En mis clases, por ejemplo, me doy cuenta de que la mayoría de mis estudiantes son laicos, y eso es terrible para la filología, porque los referentes de la cultura judeocristiana desaparecen. Recuerdo que hace veinte años, cuando explicaba un texto de Juan de Valdés, ese escritor renacentista castellano que, en referencia a otros asuntos, menciona el prepucio del Niño Jesús, mis estudiantes no sabían qué era el prepucio, no conocían esta palabra, ahora prácticamente no saben qué quiere decir Niño Jesús. Hemos cambiado mucho.

–Hoy en día se debate con especial énfasis la tensión generada entre lo que se ha dado en llamar alta cultura y cultura de masas, de consumo. ¿Qué opina usted al respecto?

–Para mí la palabra literatura tiene un componente que encierra la creación de un mundo personal y la manipulación de un lenguaje. Es decir, una serie de rasgos que no se da en una literatura de usar y tirar, que es otra cosa

y que, por supuesto, es la que está en el mercado circulando con más vigor. Pasamos por un momento en el que algunos escritores parecen muy interesados en ser un *best-seller* y estar en todas las televisiones. Pero también hay otros que hacen una obra pensada, fruto de un largo trabajo meditado, y no salen de un círculo pequeño y restringido. Respeto mucho a este tipo de autor que no es muy conocido, pero tiene una obra importante.

—¿Considera válido el juicio de algunos críticos que sostienen que, en general, los libros de las escritoras más conocidas son lights, novelas de mero entretenimiento?

—Yo no estoy de acuerdo. Primero, porque no es cierto, habrá algunas escritoras, como hay algunos autores que escriben literatura *light*, y hay otras y otros que tienen un espesor y una profundidad que desmienten esto.

—A usted le han otorgado varios premios; entre ellos, el Premio Nacional de Narrativa en 1995. ¿Cuál le gustaría recibir ahora?

—Bueno, creo que a cualquier escritor le gustaría recibir el Nóbel, pero, claro, cada uno sabe también a lo que puede aspirar. Es muy difícil obtener un premio tan importante, pero a quién no le gustaría. Yo nunca lo pensé, creo que está en el territorio de los sueños.